

Franz Kafka *y el amor*

Antología romántica de obra y vida



Franz Kafka (1883-1924) fue un escritor de lengua alemana, conocido por sus cuentos, relatos, novelas y parábolas que exploran la alienación, el absurdo y la angustia existencial. Nacido en Praga, en el seno de una familia judía de clase media, Kafka vivió gran parte de su vida en una constante lucha interna entre su deseo de escribir y su trabajo en una oficina de seguros. Las tensiones familiares, especialmente con su padre, una figura autoritaria y distante, influyeron en su particular concepción del amor, algo que plasmó en gran parte de su obra literaria.

A lo largo de su vida, Kafka mantuvo relaciones amorosas complicadas. En sus cartas a Felice Bauer, Milena Jesenská y otras mujeres, reflejó tanto sus obsesiones y entusiasmos como su temor a la intimidad y a la vida matrimonial. Esta constante introspección y el conflicto con su propia identidad se trasladan a su literatura, caracterizada por escenarios opresivos y personajes atrapados en sistemas burocráticos o situaciones ineludibles, como en *El proceso* y *La metamorfosis*.

Pese a haber escrito mucho, Kafka publicó solo una pequeña parte de su obra en vida, y fue su amigo Max Brod quien se encargó de preservar y difundir su legado póstumo. Afectado por la tuberculosis, Kafka falleció en 1924 a la edad de 40 años. Hoy es considerado uno de los autores más influyentes del siglo xx.

Clásicos y el amor

Una colección original de Vegueta dirigida por Eva Moll de Alba
Conceptualización y edición de Paloma Cruz Sotomayor

© Franz Kafka

© de la edición: Vegueta Ediciones S.L., 2024

Roger de Llúria, 82, principal 1ª

08009 Barcelona

www.veguetaediciones.com

Traducción del alemán: © Isabel Hernández y © Alejandro López Lizana

Selección y epílogo: Isabel Hernández y Alejandro López Lizana

Diseño de la colección y de la cubierta: Enric Jardí

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-19794-47-5

Depósito legal: B 19475-2024

Impreso y encuadernado en España

Con el apoyo de



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 45).



Franz Kafka *y el amor*

Antología romántica de obra y vida

Selección, traducción y epílogo de
Isabel Hernández y Alejandro López Lizana

Índice

Nota a la edición	13
El rechazo	17
Cartas a Hedwig Weiler de 1907	18
Vestidos.....	23
Contemplación distraída	24
El pasajero	25
Cartas a Max Brod de 1908 y 1909.....	26
Cartas y postales a Ottla de 1911	28
Carta a Max Brod del 27 de mayo de 1911	30
La ventana que da a la calle.....	31
Carta a Max Brod del 17 de septiembre de 1911	32
Entradas del diario de 1911	35
La desdicha del soltero	46
Entradas del diario de 1912.....	47
Carta a Julie y Hermann Kafka del 30 de junio de 1912.....	54
Entradas del diario de viaje de 1912	55
Tarjeta postal a Ottla de 1912.....	60
Entradas del diario de viaje de 1912	61
Carta a Max Brod del 13 de julio de 1912	64
La condena	66
Cartas a Felice Bauer de 1912 y 1913	79

De la entrada del diario del 21 de julio de 1913	134
Carta a Carl Bauer del 28 de agosto de 1913	136
Carta a Felice Bauer del 30 de agosto de 1913	139
Entradas del diario de 1913	141
De la carta a Felice Bauer escrita en fragmentos de 1913 y 1914	142
Cartas a Grete Bloch de 1914	145
De la entrada del diario de 9 de marzo de 1914	149
Cartas y postales de 1914	154
Blumfeld, un viejo solterón... ..	166
Tarjeta postal a Felice Bauer del 30 de mayo de 1916.....	191
Entradas del diario de 1916	192
Ayer vino una debilidad.....	196
El jinete del cubo.....	197
Carta a Felice Bauer del 7 de septiembre de 1917.....	200
El silencio de las sirenas	203
Carta a Ottla del 28 de diciembre de 1917	205
Tarjeta postal a Ottla del 8 de mayo de 1920	208
Cartas a Milena de 1920.....	209
Invitado a la casa de los muertos	227
Carta a Milena del 14 de septiembre de 1920.....	230
Consolidación.....	231
Carta a Milena, sin fecha, de noviembre de 1920	233
Entradas del diario de 1922	236
Tarjeta postal a Ottla del 17 de febrero de 1923	237
Un artista del hambre	239
El matrimonio	251
La obra.....	257
Una mujer pequeña.....	295
Tarjeta postal a Julie y Hermann Kafka de finales de abril de 1924.....	303
Josefine la cantante o El pueblo de los ratones	304
Carta a Julie y Hermann Kafka de finales de mayo de 1924....	323

Epílogo. Franz Kafka: en los abismos del amor326

Referencias.....360

Nota a la edición

La edición que el lector tiene entre sus manos pretende ofrecer una idea de cómo Kafka concebía el amor desde sus más diversas perspectivas. Para ello, y teniendo en cuenta la configuración de una obra que, en su mayor parte, no fue concebida para ser leída, se ha optado por una organización de carácter cronológico que permita comprender la evolución de sus sentimientos al hilo de la evolución de su propia vida y escritura.

Con esto en mente, el lector tiene la opción de abordar este volumen de dos maneras: comenzando por el epílogo o dejándolo para el final. El epílogo arroja luces sobre los aspectos biográficos de Kafka, y aclara la identidad de los amantes, familiares y amigos a quienes dirigió sus cartas y escritos más personales. Asimismo, ofrece una interpretación profunda de su vida emocional, esencial para entender el conjunto de su obra desde una nueva perspectiva.

Tanto en el caso de las cartas (en las que no se cita el lugar de procedencia debe entenderse que fueron escritas en Praga) como de los diarios, la datación no resulta excesivamente compleja; tampoco la de los relatos, de cuya fecha de composición hay referencias aproximadas tanto en la correspondencia como en los diarios. No ocurre lo mismo con los títulos de estos relatos, en tanto que muchos de ellos proceden de Max Brod y no del autor,

y se conocen en su mayoría tan solo por las primeras palabras del texto. Los títulos de Brod son señalados para el lector en el apartado final de «Referencias».

El hecho de no haber recogido fragmentos de las novelas, tal vez los textos más conocidos de Kafka, se debe al deseo de ofrecer al lector otra faceta del autor, y a la intención de lograr una mayor coherencia formal. Precisamente por el hecho de que la práctica totalidad de los textos que se contienen en esta edición no fueron escritos para ser leídos por un público general, su lenguaje presenta unas características propias que han tratado de mantenerse en la presente edición. Tanto las repeticiones como las inconexiones sintácticas o las numerosas frases subordinadas, en más de un nivel, así como la puntuación y las variaciones en la forma de la firma del autor (que va desde un Franz K. hasta un F. pasando por un simple Franz o un FranzK) se han mantenido en aras de preservar el estilo peculiar de unos textos que desvelan todo el mundo interior de su autor. Asimismo, y a fin de no perder el énfasis que su autor quiso darles, se han mantenido en cursiva las palabras y frases subrayadas en sus textos originales.

Para la traducción, se ha utilizado la edición crítica de las *Obras completas* de Kafka editada por la editorial S. Fischer, a cargo de Hans-Gerd Koch, Klaus Hermsdorf, Benno Wagner, Wolf Kittler, Gerhard Neumann y Malcolm Pasley. El material que aporta esta edición ha sido también imprescindible para muchas de las notas al pie, que de seguro aportarán al lector información necesaria para entender mejor el entorno vital del autor. Tan solo para las cartas publicadas a partir de 1921 (el volumen correspondiente aún no ha sido publicado) hemos utilizado los diferentes volúmenes de las ediciones previas publicadas también por la editorial S. Fischer.

El rechazo

Si me cruzo con una chica guapa y le ruego «sé buena, vente conmigo», y ella pasa de largo sin mediar palabra, esto es lo que quiere decir:

—Tú no eres un duque de apellido elegante, o un fornido americano con el porte de un indio, con ojos en horizontal, serenos, con una piel masajeadá por el aire de las praderas y de los ríos que las recorren; no has viajado a los Grandes Lagos, que no sé ni dónde están, ni has navegado por ellos. Así que dime: ¿por qué debería una chica guapa como yo irse contigo?

—Olvidas que tú no atraviesas las calles balanceándote por las sacudidas de un automóvil; no veo ir tras de ti ningún séquito de caballeros bien trajeados, murmurándote alabanzas en un semicírculo perfecto; tus pechos están bien colocados en el corsé, pero tus muslos y caderas compensan esa contención; llevas un vestido de tafetán con plisados, que tanto furor nos causaron el pasado otoño, y sin embargo sonríes (con ese peligro mortal en el cuerpo) de vez en cuando.

—Sí, los dos tenemos razón; y para no ser irremediabilmente conscientes de ello, lo mejor es que cada uno se vuelva a casa por su lado, ¿no te parece?

Cartas a Hedwig Weiler de 1907

11 de septiembre de 1907

Mi querida muchacha: otra vez ha vuelto a hacerse muy de noche antes de que haya podido ponerme a escribir, y hace fresco, porque ya ha llegado el otoño, pero yo me siento abrigado por tu linda carta. Sí, los vestidos blancos y la compasión son lo que mejor te sienta, porque las prendas de piel ocultan demasiado a la muchacha temerosa, y necesitan demasiado ser admiradas y también hacer sufrir. Yo, sin embargo, te necesito a ti, e incluso tu carta no es más que un tapiz, blanco y amable, tras el cual estás sentada o paseas en algún lugar en la hierba que habría que atravesar para atraparte y retenerte.

Pero justamente ahora que todo debía ir a mejor y el beso que he recibido en los labios es el mejor comienzo de todo lo bueno que está por venir, vienes a Praga, justamente cuando yo quería ir a visitarte y quedarme contigo dices adiós en tono descortés y te marchas. Yo habría dejado aquí a mis padres, a algunos amigos y otras cosas de las que tendría que prescindir, ahora tú también vas a estar en esta condenada ciudad y me parece que va a ser imposible abrirme paso hasta la estación a través de esas muchas callejuelas. Y, sin embargo, Viena es mucho más necesaria para mí que Praga para ti. Estudiaré un año en la Academia de Exportación, estaré hasta el cuello de un trabajo descomunalmente fatigoso, pero estoy muy contento con ello. Tendrás que posponer

FRANZ KAFKA Y EL AMOR

un poco que lea el periódico, porque también saldré a pasear y tendré que escribirte cartas, por lo demás no me permitiré muchas más alegrías.

Solo de las tuyas me gustará participar siempre, solo tienes que darme más oportunidades que en la última tertulia. Porque hay aún muchas cosas muy importantes para mí de las que no cuentas absolutamente nada. A qué hora llegaste, cuándo te marchaste, cómo ibas vestida, en qué pared te sentaste, si reíste mucho y bailaste, a quién miraste quince segundos a los ojos, si al final estabas cansada y si dormiste bien. Y cómo pudiste escribir y ocultar (eso es lo peor) una carta que me pertenece. Eso era lo único que te afligía, con este hermoso tiempo de Año Nuevo, al entrar en el templo con tu madre y tu abuela andando por el pavimento, los dos escalones y las losas de piedra. Entretanto no pensaste que hace falta más valor para no esperar que para esperar y que, cuando tal valor se da en un temperamento, el mismo viento que cambia puede darle a este valor el rumbo más favorable. Te beso con todo lo bueno que conozco de mí.

Tuyo,

Franz

29 de septiembre de 1907

Querida:

Me han quitado la tinta y ya están durmiendo. Permite al lapicero que te escriba a fin de que todo lo que tengo participe de alguna manera de ti. Si estuvieras aquí, en este cuarto vacío en el que solo dos moscas hacen ruido en lo alto, y un poco el gas, podría estar muy cerca de ti y apoyar mi cuello en el tuyo.

Pero así me siento desgraciado hasta confundirme. Algunas enfermedades de nada, un poco de fiebre, un poco de expectativas

ANTOLOGÍA

perturbadas, me han postrado dos días en cama, entonces te escribí una cariñosa carta febril que, naturalmente, he hecho trizas sobre el alféizar en este hermoso día de domingo, porque tú, pobre, querida mía, ya tienes bastantes excitaciones. ¿No es cierto que lloraste mucho durante muchas horas nocturnas mientras yo recorría las calles bajo la luz de las estrellas para prepararlo todo para ti (de día tenía que estudiar)? Al final da igual si vivimos a una calle o a una provincia de distancia. Qué diferente era todo a nuestro alrededor. Seguro que yo estaba en la estación el jueves a primera hora, luego el jueves por la tarde (el tren no llega a las dos y media, llega a las tres y tenía un cuarto de hora de retraso) y tú, en Triesch, estabas temblando y entonces me escribiste aquella carta que yo recibí el viernes, tras lo cual no se me ocurrió nada mejor que hacer que tumbarme en la cama. No está mal, porque sin incorporarme veo desde la cama el Belvedere, las verdes laderas.

Solo que al final no ocurrió otra cosa más que entre Praga y Viena bailáramos una pieza de rigodón, en la que, de tantas reverencias, no se aproxima el uno al otro ni queriéndolo. Pero al final tienen que llegar también las danzas giratorias.

No me siento nada bien. No sé cómo terminará. Ahora, cuando se levanta uno pronto y ve despuntar un hermoso día, es soportable, pero después ...

Cierro los ojos y te beso.

Tuyo,

Franz.

Entre principios y el 9 de octubre de 1907

Ahora tengo que volver a escribirte con trazos parduzcos, porque los que se han encerrado para dormir tienen la tinta, y el lapicero

FRANZ KAFKA Y EL AMOR

enamorado de ti está siempre a mano. Querida, querida, qué hermoso es que el tiempo de verano llegue en medio del otoño y qué bueno, porque sería difícil soportar el cambio de las estaciones si no se mantuviera un equilibrio interior con ellas. Querida, querida, mi camino de vuelta a casa desde el despacho es digno de narrar, sobre todo porque es lo único digno de narrar de mí. A las seis y cuarto salgo de un salto por el gran portal, lamento el cuarto de hora perdido, giro a la derecha y bajo por la plaza de San Wenceslao, me encuentro entonces con un conocido que me acompaña y me cuenta algunas cosas interesantes, llego a casa, abro la puerta de mi habitación, tu carta está allí, miro en su interior como alguien que está cansado de los caminos de tierra y se adentra ahora en bosques. Claro que me pierdo, pero no por eso tengo miedo. Ojalá todos los días acabaran así.

8 de octubre de 1907

Querida niña, de nuevo otra noche tras algunas que han pasado muy rápido. Que el nerviosismo de escribir una carta empiece claramente con un borrón.

Mi vida está ahora completamente desordenada. En cualquier caso, tengo un puesto con un minúsculo sueldo de ochenta coronas y unas inconmensurables ocho o nueve horas de trabajo, pero las horas fuera del despacho las devoro como un animal salvaje. Como hasta ahora en absoluto estaba acostumbrado a limitar mi vida diaria a seis horas y, además, estoy estudiando italiano y quiero pasar las noches de estos días tan hermosos al aire libre, salgo poco recuperado del cúmulo de horas libres.

Ahora estoy en la oficina. Trabajo para la Assicurazioni Generali y, aun con todo, tengo esperanzas de sentarme algún día en los sillones de países muy remotos, de ver desde las ventanas de mi

ANTOLOGÍA

despacho campos de caña de azúcar o cementerios musulmanes, y el sistema de seguros en sí me interesa mucho, pero mi trabajo actual es triste. Y, sin embargo, a veces es bonito dejar la pluma e imaginarse, tal vez, que uno coloca tus manos una sobre la otra, las coge con una mano, y saber en ese instante que no las soltaría ni aunque le retorcieran a uno la articulación de la mano. Adiós.

Tuyo,

Franz